

## EN BUSCA DEL MITO DEL SOL Y LA LUNA

Liza Vielman Tejeda  
Departamento de Antropología

"Toco, toco, toco", sonaba el motor del barco; apenas si llevábamos una hora de viaje, todavía faltaba otra más por recorrer. El barco iba lleno de pasajeros negros y "tanates" negros y más "tanates" negros. Sin embargo, los ropajes vistosos de estos negros los diferenciaban de los bultos. Otros, en cambio, parecían garrosos prendidos de una ceiba tomando su baño de sol cotidiano. Y, perdidos en medio de esa gran negrura, nos encontrábamos uno que otro kekchí y cinco estudiantes.

Me fui a sentar a la popa del barco para dejar que la suave brisa del mar se llevara el aburrimiento que me invadía y dirigí mi vista hacia las montañas. ¿Dónde estaría el mito? Ninguno de nosotros tenía idea de dónde buscarlo; sólo suponíamos que podría estar localizado en una aldea llamada *Quehueche*. ¿Sería ésta una aventura como la que viví con Sebastián el experto en mitología, aquella vez en Momostenango? Cierto, cierto, esa vez Sebastián casi pierde la vida por ir a buscar el mito.

Siempre que los estudiantes salíamos a trabajo de campo, él nos acompañaba con una grabadora, por si se presentaba ocasión de atrapar el mito. Su joven guía le había dicho que estaba escondido por unos riscos arenosos en los que, a cada paso que uno daba, se deslizaban miles y miles de piedras. En uno de esos pasos, Sebastián perdió el equilibrio, casi pierde la vida, y no logró capturar el mito. Ahora, nosotros intentábamos cazarlo; así como hacía *Kawasak'e*, el Sol, cuando salía de cacería. Nadie del grupo hablaba; ya estábamos aburridos de ver agua, agua y más agua. Yo quería llegar pronto y ver si era cierto que *Kanapo*, la Luna, siempre se mantenía tejiendo.

"¡Livingston!", gritó alguien del grupo. El viaje llegaba a su destino y se iniciaba otro. Un halo de misterio empezó a envolverme y, al mismo tiempo, escuchaba que algo en mi interior me decía "tucún, tucún, ya vas llegando". Ni bien atracó el barco, empezamos a descargar lo que traíamos. Había tantas cosas en el muelle, que más bien parecía un safari en África. Además, los negros estaban listos para llevarse nuestro cargamento. Teníamos todo lo necesario para sobrevivir en la selva: un tonel para agua pura,

mochilas, cajas llenas de latas, galletas, frutas, hamacas, grabadoras y, por supuesto, lo que nunca debe faltar en un trabajo de campo de este tipo: máquinas de escribir. "Por aquello de las moscas", también llevábamos suero antiofídico ya que, en este lugar, habita la serpiente más ponzoñosa: Barba Amarilla.

Los demás pasajeros se fueron. Sólo quedó nuestro copioso equipaje; pero, ¿y los cargadores? ¿Cómo íbamos a llevar tantos utensilios a la selva?

Decidimos buscar a Heriberto, un pescador de piel canela, que se suponía sería nuestro guía. Poco a poco fuimos llevando nuestro cargamento a su casa; así como *Kawasak'e*, el Sol, cargaba el venado todos los días que regresaba de cacería. A causa de tanta discusión sobre qué hacer, no sentimos el paso del tiempo y cayó la tarde. El *Tzultak'a*, Señor de los Montes, se había retirado a sus aposentos y ya no podíamos pedir permiso para entrar en la montaña. Entonces salía *Ic'bolay*, la Barba Amarilla, a cuidar los montes. "Cuidado que si los atrapo, no vuelven a contar el cuento" "¡Ah! *Ic'bolay*, *Ic'bolay*, si me picás, me llevás a donde todavía no quiero ir, porque ya no regreso a contar el cuento y quiero contar el cuento".

Llevábamos poco dinero; además no sabíamos cuánto íbamos a "gastar en la selva", por lo que había que buscar un lugar "bueno, bonito y barato" para pasar la noche. Lo que nos consiguió Heriberto fue una bodega para lanchas llena de toneles. Esto no era lo que me había imaginado del trabajo de campo en la selva; pero, en fin, "así es la vida en los trópicos". Todas esas dudas saltaban como pulgas en mi cabeza; sin embargo me emocionaba pensar que, al día siguiente, saldríamos para *Quehueche* a buscar el mito del Sol y la Luna. Con nosotros irían los cargadores que el pescador conseguiría, pero lo único que conseguimos fue que a Gustavo le robaran el reloj.

Al día siguiente se inició la caminata hacia la selva. Empecé a sentir olor a tierra mojada por la lluvia. El camino se volvió más angosto, lleno de lodo y con muchas piedras.

Parecía que hubiésemos entrado en un túnel formado por árboles, donde las hojas eran techo que dificultaba el paso de los rayos de sol. Después de

caminar varios kilómetros, pasamos por un rancho abandonado que tenía 13 cajones apolillados y un cuero viejo de culebra renovada.

Seguimos nuestro camino de color café, café como el color de la Barba Amarilla. "¡Ay! *Ic'bolay, Ic'bolay*, cuidado me paro encima de vos y me picás, y me llevás a la cueva, y ya no regreso a contar el cuento".

Todos íbamos cargando una mochila, así como *Kawasak'e*, el Sol, cargaba el venado cuando regresaba de cacería. Pero nosotros no habíamos pedido permiso al *Tzultak'a* para entrar en su montaña. Los chiquirines seguían "cantando", y cada chirrido se perdía en la profundidad de la selva. Eran mensajes que enviaban al *Tzultak'a*. "Miedo, tengo miedo, ay, *Ic'bolay, Ic'bolay*, que te siento cerca; mirá que le voy a pedir permiso al *Tzultak'a* para que me envíe un encanto y me cuide de tí". Y así fue: el *Tzultak'a* fue benevolente conmigo. Envió un encanto: la mariposa azul para que dijera a la Barba Amarilla que se fuera a la entrada de la cueva.

Caminamos durante varias horas; a veces la mariposa azul se perdía entre las ramas de los corozos, pero volvía a aparecer para señalarme el camino. El calor era sofocante; estaba cansada, sofocada, la cámara me pesaba, la mochila me pesaba, todo lo quería dejar tirado; ya no aguataba más. De repente vi un rancho; tal vez era el rancho donde vive *Kanapo*, la Luna. Seguía caminando lentamente; las botas estaban llenas de lodo, tanto que tenía que pedirle permiso a un pie para levantar el otro, y caminaba con la mirada fija sobre la tierra. Agua de *nixtamal* en el suelo... ¿Estará por aquí el cuero de venado que el Sol dejó tirado cuando se cayó?

"¡*Camanu!*", grité. "*Ocan*", me contestó una mujer. ¿Será *Kanapo*, la Luna? Pronto lo sabré. Poco a poco fueron apareciendo mis compañeros, cada uno más cansado que el otro. Salí a ver si todos habían llegado y encontré ceniza tirada en el suelo.

Más tarde nos fuimos a refrescar al río que estaba a pocos metros de la casa. El río estaba formado por pozas pequeñas donde nos podíamos recostar y dejarnos pellizcar por los pescaditos y los cangrejos. ¡Ah, qué agua tan fresca! Fue como si volviera a la vida. A nuestro alrededor había árboles gigantes, celosos guardianes del río, donde los zompopos les hacían cosquillas todos los días. Allí estábamos refrescándonos en una de las pozas, cuando apareció *Tz'unun*, el gorrión, el único que había visto en todo el trayecto. "Este es *Kawasak'e*, el Sol, convertido en gorrión -pensé-, y viene a robarse a *Kanapo*, la Luna". Cuando regresamos al rancho, el gorrión estaba picoteando y picoteando las flores del frijolar. Habíamos llegado.

En la tarde conocí a *Aj tuul*, el brujo, patriarca de esta aldea, padre de *Kanapo*, la Luna. En ese momento la Luna y él iban saliendo del rancho con una cerbatana.

Al rato, regresaron con el gorrión; estaba casi muerto. Pobre, era *Kawasak'e* que se había disfrazado de gorrión. En la noche *Kanapo* se llevó al gorrión a su hamaca para ver si revivía. Mientras tanto, algunos de nosotros continuamos pasando en limpio nuestras notas de campo. Así estábamos cuando observamos dos siluetas. "¡Espantos!", gritó Mariela. No, era *Kawasak'e* que se estaba "robando" a *Kanapo*. Nos escondimos con la esperanza de saber qué iba a pasar, y sólo oímos que alguien tosía y tosía. *Aj tuul* salió tan furioso que decidimos acostarnos.

A los cinco días, bajamos a Livingston. *Mucuy*, la paloma, el hijo de *Aj tuul*, nos iba guiando. En el camino, le pregunté qué había pasado con el Sol y la Luna. El me contó que su papá había agarrado un relámpago y, al dispararles a ellos, le atinó a su hermana. Su cuerpo se había partido en 13 pedazos, que metieron en 13 cajones. "Ahora comprendo lo de los cajones que vi, pero también había un cuero de culebra", le dije. "Es que del primer cajón salió la Barba Amarilla y del último la Luna", explicó *Mucuy*.

"¡Ah *Ic'bolay, Ic'bolay!*, ya te tengo atrapada en la grabadora; ahora te vas conmigo". "Nada qué ver", me contestó. "Todavía no conocés mi secreto; esto tan solo es el inicio de mi vida entera". "Si *Aj tuul*, el brujo, te contara-continuó-, te quedarías asombrada". Después se rio a carcajadas.

De regreso en el barco, con destino a Puerto Barrios, volví a recordar sus palabras. "Algún día regresaré -me dije- y conoceré los secretos". A lo lejos, todavía escuchaba las carcajadas de la Barba Amarilla.

Después de varios meses de preparación, regresé a *Quehueche* con Sebastián el experto en mitos. Allí íbamos "bwana" Sebastián y yo, con cinco niños cargando no se qué, ya que nunca supe qué cosa había en esos bultos. Cuando llegamos al río que separa el territorio de los morenos y los kekchíes, los niños dejaron todo en el suelo y regresaron. ¿Y ahora? ¿A cargar todo! Empezamos a caminar con paso lento; todo pesaba tanto que no quiero acordarme, pero la única cosa que sí quiero recordar es el destino que tuvo una pepita de mango que dejé escondida en el camino. Cuando regresó, los zompopos se la "habían levantado". No podíamos llevarnos nada de la selva sin pedir permiso.

"Tucún, tucún, ya voy llegando", dije. "*Ic'bolay* que no está aquí", me contestó la Barba Amarilla.

Seguimos lentamente nuestro camino hacia la casa de *Aj tuul*, el brujo. Cada paso era más difícil que el anterior. Algunos de los objetos que llevaba en las bolsas de plástico se nos salían, como queriendo escapar de la aventura. "Como pesan estas trampas para obtener información; si así es la profesión, me retiro", iba pensando. De pronto, Sebastián me dijo: "Liza, me muero. Ya no puedo dar un paso más; siga usted".

"¡Ay! ¡Sebastián, Sebastián!, tanto me buscaste, tanto me encontraste", susurró la Barba Amarilla a través del viento. Los chiquirines dejaron de cantar. La selva se silenció durante unos segundos. La Barba Amarilla estaba desenroscándose de su tronco. "Tucún, tucún, ya voy llegando; Sebastián, te llevaré a Xibalbá y allí conocerás mis secretos, los secretos del tesoro de la Barba Amarilla".

Poco a poco Sebastián se fue calmando y proseguimos la marcha; pero en silencio. Nunca la había visto tan de cerca. "Ah *Ic'bolay, Ic'bolay*, casi te lo llevás, pero te vamos a agarrar para que nos contés los secretos del tesoro: oraciones, puro, veneno chile, humo. Humo, humo como el que estoy viendo; el aliento del *Tzultak'a* se está convirtiendo en niebla".

En la espesura de la niebla, apareció un rancho; *¡Camanu!*, grité. *Ocan* me contestó *Mucuy*, la paloma, el hijo del brujo. "Dentren y refrésquense; hoy es la noche en que la Luna sale a peinarse su cabellera y la Barba Amarilla la observa. Nosotros podremos hablar sin que ella se entere". "¡Ah *Ic'bolay, Ic'bolay!* hoy conoceremos tus secretos; ya no te tenemos miedo".

Recuerdo bien esa noche en que aprendimos algunos de los secretos de la Barba Amarilla. *Aj tuul* estaba fumando su puro, como siempre, recostado en una hamaca, va de hablar y hablar.

Empezó por decirnos que antes no había Barba Amarilla y que todo empezó cuando el Sol se metió con la Luna. La Barba Amarilla es parte de la Luna; es carne de su carne y, por eso, no quiere al Sol; se esconde cuando sale él. Además la Barba Amarilla está enamorada de la Luna y le gusta ver cómo sale a trenzarse los cabellos. Sus ojos negros brillan. Se queda tan extasiada, que se le puede agarrar para quitarle los dientes, que sirven para hacer brujería. "Para agarrarla, tenés que hacerlo con la mano izquierda porque es una mano prestada" -dijo *Aj tuul*-. La derecha sabe todos nuestros secretos y, si lo hacés, la Barba Amarilla se da cuenta y se voltea". "Ay *Ic'bolay, Ic'bolay*, mejor no te agarro porque ya no cuento el cuento". Sin embargo, dentro del rancho se sentía la presencia de la Barba Amarilla. "Tucún, tucún, ya voy llegando", oía que decía.

"A mí la Barba Amarilla no me hace nada -continuó diciendo *Aj tuul*- porque yo conozco todos sus secretos, que sólo sabe un brujo. Yo no tengo miedo de ir a la selva solo; hasta he entrado en la cueva y he visto todos los tesoros que guarda la Barba Amarilla". *Aj tuul* hizo una pausa en su alocución y nos observó detenidamente: "Si quieren los llevo a la entrada de la cueva," dijo. "¡Ay! *Ic'bolay, Ic'bolay*, que voy a ver la entrada de tu morada." Toda la noche siguió platicando hasta que el puro que fumaba se consumió; aun así seguía meciéndose en la hamaca, sólo con un pie en el suelo: el izquierdo.

Al día siguiente salimos en busca de la cueva. Ni bien habíamos caminado un trecho, cuando una zumbadora se alejó dando vueltas. *Aj tuul* se volteó y nos dijo "Ya ven, las culebras me tienen miedo, por eso yo voy adelante". "Tucún, tucún, ya voy llegando", dije; "*Ic'bolay, Ic'bolay*, que no está aquí", contestó la Barba Amarilla.

Conforme nos adentrábamos en la selva, apareció *Cas*, el tábano. "¡Ah! ¡animal para joder!", dijo *Aj tuul*. ¡Vaya si era cierto! Este pequeño animal se dejaba venir hacia nosotros con un zumbido que ataranta a cualquiera. "Es un encanto, nos dijo *Aj tuul*; hay encantos buenos y encantos malos. A los malos les gusta joder a los extraños, pero no tengan pena". Enseguida sacó un puro y principió a fumarlo. Al rato, el tábano se había ido. Seguimos caminando, pero a veces sentía el calor de esos dos ojos negros, redondos y brillantes, siempre vigilantes del camino, al acecho, dentro de la hojarasca.

Conforme caminábamos, los montes y los árboles se fueron moviendo. La luz pudo al fin penetrar e iluminar una cueva tan grande como nunca en la vida había visto. En el fondo se miraba todo negro, negro como la noche oscura. Por un momento, Sebastián y yo nos quedamos perplejos. No era posible lo que nuestros ojos estaban viendo: la entrada a Xibalbá. "Ah *Ic'bolay, Ic'bolay*, dónde estás que no te veo".

Para entrar en la boca de la cueva, todavía faltaba; había que subir y bajar. Empezamos el ascenso, aún emocionados por el espectáculo; pero, cuando empezamos a bajar, observamos grandes lianas que caían por encima de nosotros, lo que me suscitaba una sensación de pellejos de animales colgantes, como aviso para los intrusos. Todo el ambiente se fue tornando más y más misterioso. El olor a humedad era irrespirable. Sólo se escuchaba el ruido de las gotas de agua que caían al suelo, alisando cada vez más las piedras. Por los alrededores se miraban grandes bodeques de tierra a punto de derrumbarse; sin embargo seguimos bajando, aunque con mucha cautela. De repente un rayo de luz se logró escapar de las lianas que lo retenían y siguió hacia el fondo de la cueva. Allí iluminó el tronco en que estaba enroscada una Barba Amarilla, con sus ojos fijos en mí.

"¡Ay *Ic'bolay, Ic'bolay!*, que me das miedo. Es cierto que voy con *Aj tuul*, el brujo, que te conoce; pero si no salgo de tu morada, ya no cuento el cuento". *Aj tuul* y la Barba Amarilla se miraron fijamente; ambos tenían los ojos negros y brillantes. Lentamente se volteó y me dijo: "Hasta aquí llegamos; ya no podés pasar. Sólo los brujos podemos". Para mí fue suficiente estar en la antesala de la muerte. Ya no quería ver los tesoros; sólo pensaba en regresar.

Cuando volvimos, Sebastián estaba pálido y me dijo: "Liza, mi alma se fue volando; era una mariposa grande y blanca". *Aj tuul* se rio. "No tenga pena -lo consoló-; es uno de los encantos que protegen la entrada de la cueva".

---

Al día siguiente, regresamos a Livingston. Allá quedaba *Tzultak'a*, Señor de los Montes, y la Barba Amarilla cuidando la entrada a *Xibalbá*. "¡Ah *Ic'bolay*, *Ic'bolay*; tucún, tucún, ya me voy para ir a contar el cuento a otro lado!"

---